



ROMAN CATHOLIC DIOCESE OF ROCHESTER

# Año de la Eucaristía 2017-2018

Commemoración de la celebración del sesquicentenario de la Diócesis de Rochester



## CARTA PASTORAL DEL REVERENDÍSIMO SALVATORE R. MATANO, OBISPO DE ROCHESTER

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Rápidamente nos acercamos al 150º aniversario de nuestra Diócesis el 3 de marzo, 2018, con celebraciones solemnes que empezarán en el otoño de este año, 2017. Mi oración y firme convicción es que hagamos la Santísima Eucaristía, el Santo Sacrificio de la Misa, el corazón y centro de nuestra celebración del sesquicentenario. De hecho, este augusto Sacramento, la Presencia Real de Cristo entre nosotros, nos ha sostenido durante muchos años y ha sido la fuerza impulsora para nuestras obras pastorales, apostólicas y caritativas de la Diócesis, siempre conscientes del lema del Obispo Bernard J. McQuaid, nuestro primer Obispo: “*Salus Animarum, Lex Suprema*” (“*La Salvación de las Almas es la Ley Suprema*”).

Por lo tanto, con gratitud a Dios conjuntamente con nuestro 150º aniversario, declaro la observancia del **Año de la Eucaristía** comenzando el domingo 18 de junio, 2017, la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Corpus Christi, y concluyendo el domingo 3 de junio, 2018, en esta misma solemnidad.

Entre los deberes principales del Obispo

diocesano, se encuentra el mandato de santificar y enseñar a los fieles.

En esta instrucción del *Rito de la Ordenación de un Obispo*, al recién seleccionado obispo se le recuerda que: “En la Iglesia que le ha sido confiada, sea un fiel mayordomo, moderador y guardián de los misterios de Cristo”. Ésta es verdaderamente una responsabilidad asombrosa, una que en gran medida es ayudada por el Magisterio de la Iglesia, la guía de los sucesores de San Pedro y, sobre todo, por la sabiduría e inspiración del Espíritu Santo. Cumpliendo con este deber episcopal, y consciente de nuestro sesquicentenario, deseo compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el gran tesoro que tenemos, el regalo de la Santísima Eucaristía y el Santo Sacrificio de la Misa. Ruego para que mis palabras puedan ser ocasión para un renovado amor a Jesús presente en el Santísimo Sacramento y que los que no participan regularmente en la vida de la Iglesia retornen a casa a la Casa



del Padre. Acogemos en nuestro corazón y creamos en estas bellas palabras ofrecidas a Dios en oración solemne:

“El cual, en la última cena con los apóstoles, para perpetuar su pasión salvadora, se entregó a sí mismo como Cordero inmaculado y Eucaristía perfecta. Con este sacramento alimentas y santificas a tus fieles, para que una misma fe ilumine y un mismo amor congregue a todos los hombres que habitan un mismo mundo”. (Prefacio II de la Santísima Eucaristía).

En nuestra fe católica, la Santísima Eucaristía es nuestra bendición más grande de Jesús mismo. Este Sacramento es “la fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (*Lumen Gentium*, no. 11). “Pero los demás sacramentos, al igual que todos los ministerios eclesíasticos y las obras del apostolado, están unidos con la Eucaristía hacia ella se ordenan. Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona” (*Presbyterorum Ordinis*, no. 5).” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1324).



CNS foto por Paul Haring

El Papa Francisco eleva el cáliz de la Preciosa Sangre en la Basílica Catedral de San Pedro y San Pablo en Filadelfia.

## RENOVACIÓN A TRAVÉS DE LA LITURGIA

Con esta profunda realidad en nuestras mentes, fácilmente podemos entender la preocupación y deseo de San Juan Pablo II, Benedicto XVI, y ahora el Papa Francisco, cada uno en comunión con sus predecesores, de que el Santo Sacrificio de la Misa sea celebrado con gran reverencia reflexionando en nuestro entendimiento de este sublime encuentro con nuestro Salvador, Jesucristo. El mes siguiente a su elección, Benedicto XVI pronunció una homilía para concluir el 24º Congreso Eucarístico Nacional Italiano sobre el tema del Congreso “*Sin el Domingo, No podemos Vivir*”, diciendo: “Por tanto, el precepto festivo no es un deber impuesto desde afuera, un peso sobre nuestros hombros. Al contrario, participar en la celebración dominical, alimentarse del Pan eucarístico y experimentar la comunión de los hermanos y las hermanas en Cristo, es una necesidad para el cristiano; es una alegría; así el cristiano puede encontrar la energía necesaria para el camino que debemos recorrer cada semana.” (Papa Benedicto XVI, *Homilía*, 29 de mayo, 2005).

Con la misma profunda fe Eucarística, el Papa Francisco nos instruye: “La Eucaristía es Jesús mismo que se dona por entero a nosotros. *Nutrirnos* de Él y *vivir* en Él mediante la Comunión eucarística, si lo hacemos con fe, *transforma nuestra vida*, la transforma en un don a Dios y a nuestros hermanos y hermanas. *Nutrirnos* de ese ‘Pan de vida’ significa entrar en sintonía con el corazón de Cristo, asimilar sus elecciones, sus pensamientos, sus comportamientos. Significa entrar en un dinamismo de amor y convertirse en personas de paz, personas de perdón, de reconciliación, de compartir solidario. Lo mismo que hizo Jesús.” (Papa Francisco, *Angelus Message*, 16 de agosto, 2015).

Cuando nos acercamos a la celebración Eucarística, el Santo Sacrificio de la Misa, entramos en un encuentro con el Señor, como ningún otro, y demanda lo mejor de nosotros en oración y participación. Entre nuestra gente hay un profundo aprecio por, y deseo de renovar un sentido de la naturaleza transcendental e impresionante de la Santísima Eucaristía. Las oraciones litúrgi-

cas de la Misa proclaman la doctrina, las verdades del credo que son la base misma de nuestra fe católica. Nosotros no creamos la Misa o poseemos los sacramentos; la Eucaristía, los sacramentos, son el regalo de Jesús a Su iglesia. Jesús es quien instituyó la Eucaristía y ahora en tiempo ha compartido este regalo de Sí Mismo con nosotros. San Juan Crisóstomo confirma esta enseñanza: “No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. *Esto es mi Cuerpo*, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas” (San Juan Crisóstomo, *prod. Jud. 1:6*, según presentado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1375).

El teólogo suizo y sacerdote católico Urs von Balthasar en un artículo publicado en el 1978 en *Communio*, enfatiza esta misma premisa de la celebración litúrgica cuando escribe: “Ninguna liturgia diseñada por los hombres puede ser ‘digna’ del sujeto de su homenaje, de Dios en cuyo trono los coros celestiales se postran con sus caras cubiertas, habiéndose despojado de sus coronas y ornamentos antes de ofrecer adoración. El intento de retornar a Aquel que ‘creó todo de acuerdo a Su voluntad’ el honor que todas las criaturas recibieron debe obligar *a priori* a sus rodillas a una comunidad terrenal de pecadores. *Domine, non sum dignus!* (“¡Señor, no soy digno!”).” (Robert Cardenal Sarah, *La Fuerza del Silencio*, p. 122).

¡Así, nos acercamos a la Eucaristía con la mayor reverencia para rendir culto, adoración, acción de gracias y oraciones de súplica a Aquel quien es el único Señor! “El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. Eleva la Eucaristía por encima de todos los sacramentos y hace de ella ‘como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden todos los sacramentos’.” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1374). En vista de esta verdad transcendental, llegamos a entender que es un privilegio extraordinario para nosotros participar en el sacrificio Eucarístico, la manifestación resplendente y el corazón de nuestra redención en Cristo.

Cuando llegamos a la celebración de la Santa Misa o a cualquiera de los sacramentos con un verdadero espíritu de humildad y gratitud, esto forma esencialmente nuestra actitud hacia la naturaleza sacramental de la Iglesia, en particular, nuestro recibimiento del Señor en la Santa Comunión. Reconociendo que en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, Jesús se convierte en uno con nosotros, ¡y entonces nos acercamos a Él sin preguntar en primer lugar qué hay en ello para mí, sino cómo puedo dar gracias a Dios omnipotente quien ha escogido hacer Su casa en mí! Los sacramentos, la Santísima Eucaristía, pertenecen a Dios que nos invita gentilmente a participar en Su vida a través de estos encuentros personales con Él. Es verdaderamente propio que las oraciones en la Misa auténticamente, en oración y solemnemente reflejen la divina realidad que éstas significan.

Conociendo el gran amor que tienen por la Misa, un amor que he experimentado en muchas de mis visitas pastorales por toda la Diócesis, conozco y aprecio su cooperación con sus sacerdotes parroquiales y administradores pastorales en este empeño de fe, que es el trabajo salvífico de Cristo actualizado a través de Su Iglesia. (Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1187). Esta devoción Eucarística es esencial a medida que constantemente buscamos nutrir, entender más profundamente y reverenciar la Presencia Real de Cristo verdadera y substancialmente existiendo bajo la presencia de pan y vino.





## 150 AÑOS SOSTENIENDO NUESTRO MAYOR TESORO

Nuestra celebración del 150° aniversario proporciona la oportunidad ideal para renovar nuestra participación y fidelidad a la celebración del sacrificio Eucarístico como una comunidad y como participantes individuales. Ambos, la versión revisada en el 2011 de la *Instrucción General del Misal Romano* y la *Instrucción, Redemptionis Sacramentum* (“El Sacramento de Redención”) previa, emitidas por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos el 25 de marzo, 2004, hacen eco del *Sacrosanctum Concilium* (*Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, no. 10) del Concilio Vaticano Segundo, y repiten la enseñanza constante de la Iglesia Católica, principalmente que:

“El sacramento más augusto, en el que se contiene, se ofrece y se recibe al mismo Cristo Nuestro Señor, es la santísima Eucaristía, por la que la Iglesia vive y crece continuamente. El Sacrificio Eucarístico, memorial de la muerte y resurrección del Señor, en el cual se perpetua a lo largo de los siglos el Sacrificio de la cruz, es el culmen y la fuente de todo el culto y de toda la vida cristiana, por el que se significa y realiza la unidad del pueblo de Dios y se lleva a término la edificación del cuerpo de Cristo”. (*Código de la Ley Canónica*, canon 897).

Cuando San Juan Pablo II declaró el *Año de la Sagrada Eucaristía* para la Iglesia Universal con su Carta Apostólica, *Mane Nobiscum Domine* (“*Quédate con nosotros, Señor*”), del 7 de octubre, 2004, lo hizo consciente de que era muy necesario recobrar la naturaleza trascendental y sublime de la Santísima Eucaristía y enfatizar de nuevo el lazo sacrificial y sacramental entre Cristo y Su Iglesia. (Cf. *Efebios* 5:25-27). La unión esencial necesaria entre el Esposo y la Esposa fue muy bien enunciada por el Cardenal Robert Sarah, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos: “La Iglesia es el pueblo de Dios que se convierte en el Cuerpo de Cristo. Nace del costado abierto de Cristo, para nuestra salvación. Cristo es el Alfa y Omega de la Iglesia. Sin Dios, la Iglesia no es más que una embarcación agitada por la tor-



*Cristo y la Eucaristía, Artista desconocido*

menta. La historia muestra que la crisis de la Iglesia nunca puede ser separada de la crisis de Dios. Sin Dios, está eclipsada, como un cuerpo separado de la luz que lo ilumina. Hoy día, hay un problema grave porque hemos dejado de estar conscientes del lazo sobrenatural que existe entre Cristo y su Iglesia”. (Robert Cardenal Sarah, *Dios o Nada*, p. 107).

La triste y continua disminución de los que asisten fielmente cada semana a Misa es evidencia de que un número significativo de católicos no entienden o no se les ha enseñado la realidad de la unión de Cristo y la Iglesia y de la Presencia Real de Cristo en cada celebración de la Eucaristía. Continuamos luchando para abordar esta realidad perturbadora. De hecho, las encuestas recientes, aunque quizás cuestionables, no son menos desconcertantes cuando indican el alto porcentaje de católicos que no comprenden la teología de la Presencia Real o simplemente no creen que Cristo esté verdaderamente presente cuando el pan y el vino se convierten en Su mismo cuerpo, sangre, alma y divinidad en la consagración de la Misa.

Sin embargo, la Iglesia ha enseñado clara y continuamente que: “En el *relato de la institución*, la fuerza de las palabras y de la acción de Cristo y el poder del Espíritu Santo hacen sacramentalmente presentes bajo las especies de pan y de vino su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz de una vez para siempre”. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1353). “La santa Iglesia Católica ha llamado esto correcta y apropiadamente transubstanciación.” (Concilio de Trento, Sesión XIII, *Decreto de ss. Eucharistia - Decreto Sobre la Sagrada Eucaristía*), Capítulo 4, DS 1642; Cf. y también San Juan Pablo II, *Iglesia y Eucaristía* (*La Iglesia Vive de la Eucaristía*), no. 39).

En la práctica de la religión hoy día, tal parece que la dimensión horizontal de las relaciones humanas ha sido enfatizada tanto que a menudo ha eclipsado la dimensión vertical en nuestra relación con Dios. “Ahora vivimos en una era que busca intensamente lo sagrado; pero debido a una especie de dictadura de subjetivismo, el hombre desea confinar lo sagrado al reino de lo profano”. (Robert Cardenal Sarah, *Dios o Nada*, p. 125). Cualquier renovación que llega a nosotros a través de la liturgia debe comenzar con una comprensión de la naturaleza divina y sobrenatural de la Sagrada Eucaristía. Cuando nos reunimos para la Santa Misa, no nos reunimos simplemente para formar una comunidad, sino más bien, como una comunidad, profesar nuestra fe en Jesucristo y como nos instruye la Iglesia “ofrecer el sacrificio de alabanza en acción de gracias por todo lo que Dios ha hecho de bueno, de bello y de justo en la creación y en la humanidad”. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1359).







Jesús y el centurión por Paolo Veronese

Actos simples de reverencia tal como la genuflexión al Señor Eucarístico en el tabernáculo y arrodillarse cuando es prescrito por la liturgia de la Iglesia (mientras se aprecia pastoralmente los problemas de salud que no siempre hacen esto posible) han sido pasados por alto o ignorados a veces, tal vez reflejando una cierta vacilación inconsciente para asumir una postura de humildad ante Dios y creyendo equivocadamente que la humanidad se ha convertido en el igual de Dios.

Si el Apóstol Pablo nos dice “para que ante el nombre de Jesús todos se arrodillen en los cielos, en la tierra y entre los muertos”, (Filipenses 2: 10), cuánto más debemos doblar las rodillas en Su vera presencia en el Sagrado Sacramento. En los primeros años bíblicos, arrodillarse fue un acto profundo de adoración (Cf. Daniel 6:10; 1 Reyes 8:54; Esdras 9:5; 2 Crónicas 6:13), fluyendo de la atención y humildad ante el Señor. Esta práctica es más evidente aún en el Nuevo Testamento: el joven rico se acercó a Jesús y se arrodilló, buscando la Vida Eterna (Marcos 10:17); San Esteban oró de rodillas para que sus perseguidores fueran perdonados (Hechos 7:60); San Pedro se arrodilló y oró cuando reconoció que era pecador (Lucas 5:8), y cuando él oró de rodillas ante el cadáver de Tabita (Hechos 9:40); San Pablo se arrodilló y oró con la Iglesia en Efesio (Hechos 20:36) y toda la comunidad paulina en Tiro se arrodilló en oración (Hechos 21:5). Sin embargo, más conmovedor que todos estos ejemplos es Jesucristo, quien doblando las rodillas oró a Su Padre, Su cuerpo unido a su mente y alma, buscando conocer y cumplir con la voluntad del Padre. (Lucas 22:41).

Como acto prescrito de reverencia durante y continuando después de este *Año de la Eucaristía*, estoy solicitando que, *donde sea posible* (de acuerdo a las acomodaciones existentes para sentarse y arrodillarse), renovemos y observemos la prescripción establecida en la *Instrucción General del Misal Romano*, que lee: “En las Diócesis de los Estados Unidos de América [los fieles] deben arrodillarse después del canto o recitación del

*Sanctus* (“Santo, Santo, Santo”) hasta después del *Amén* de la Oración Eucarística...” y que “Los fieles se arrodillan después del *Agnus Dei* (“Cordero de Dios”)...” (*Instrucción General del Misal Romano*, no. 43). Esta práctica normativa de arrodillarse verdaderamente es una manifestación humilde de nuestra reverencia ante Aquel al que pronto recibiremos. Este tiempo solemne de oración nos prepara interiormente para recibir a Cristo de la Eucaristía como dice la proclamación de San Juan Bautista, “Este es el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo...” (Juan 1:29), nos une con la profesión ardiente de fe del centurión, “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, pero una palabra tuya bastará para sanar mi alma”. (Mateo 8:8).

## EDAD SE REÚNE CON LA EDAD

En la celebración de la Santísima Eucaristía, nos unimos con aquellos que han ido antes que nosotros remontándonos a los tiempos apostólicos. “Si los cristianos celebramos la Eucaristía desde los orígenes, y con una forma tal que, en su substancia, no ha cambiado a través de la gran diversidad de épocas y de liturgias, es porque nos sabemos sujetos al mandato del Señor, dado la víspera de su pasión: ‘Haced esto en memoria mía’” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1356). La Eucaristía de hecho pertenece a Cristo que misericordiosamente comparte Su presencia con nosotros a través de Su esposa, la Iglesia. La Eucaristía no es un mero fenómeno cultural restringido por ciertas geografías, períodos históricos o filosofías, sino que trasciende todo espacio, tiempo y todas las ideologías políticas y sociales; encuentra su origen en Cristo. “Los cristianos tienen la obligación ardiente de abrirse a un acto tan misterioso que nunca podrán hacerlo por sí mismos: el sacrificio de Cristo. En el pensamiento de los Padres del Concilio (en Vaticano II), la Liturgia es una acción divina, una *actio Christi* (*Acción de Cristo*). En su presencia, somos embargados con el silencio de admiración y reverencia.” (Robert Cardenal Sarah, *La Fuerza del Silencio*, p. 131).



Desde el siglo II, según el testimonio de San Justino Mártir, tenemos las grandes líneas del desarrollo de la celebración eucarística. Anotado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, San Justino Mártir explica al emperador pagano Antonino Pio alrededor del año 155 A.D. lo que los cristianos hicieron “en el día que se llama el día del sol”. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1345). Aquí uno encuentra los elementos esenciales de la Misa que celebramos en nuestro tiempo.

En cuanto a esto, la *Constitución de la Sagrada Escritura* del Concilio Vaticano Segundo (no. 21) claramente observa que la Iglesia propiamente no tiene poder sobre estas cosas que fueron establecidas por Cristo mismo y que constituyen una parte esencial e inmutable de la Liturgia. En tiempos más recientes este punto está subrayado en *Redemptionis Sacramentum* (*Sacramento de la Redención*):

“La observancia de las normas publicadas por la autoridad de la Iglesia requiere conformidad de pensamiento y palabra, de la acción externa y la aplicación del corazón. Una observación meramente externa de las normas sería obviamente contraria a la naturaleza de la Sagrada Liturgia, en la cual Cristo mismo desea reunir a Su Iglesia, de modo que junto con Él sea ‘un cuerpo y un espíritu’ (1 Corintios 12: 12-13; Efesios 4:4). Por esta razón, la acción externa debe estar iluminada por la fe y la caridad, que nos une con Cristo y uno con el otro y engendra amor por el pobre y el abandonado. Las palabras y ritos litúrgicos, por otra parte, son una expresión fiel, madurada a través de los siglos, de la comprensión de Cristo, y nos enseñan a pensar como Él mismo lo hace (cf. Filipenses 2:5); al conformar nuestras mentes a estas palabras, elevamos nuestros corazones al Señor”. (*Redemptionis Sacramentum*, no. 5). Además, “Porque la Sagrada Liturgia está muy íntimamente conectada con los principios de la doctrina (Papa Pio XII, *Mediator Dei - El Mediador de Dios*), no. 20), de modo que el uso de textos y ritos no aprobados conduce ya sea a la atenuación o la desaparición de ese vínculo necesario entre la *lex orandi* y la *lex credendi*.” (“la ley de la oración y la ley de la fe: la Iglesia cree como ora”). (*Redemptionis Sacramentum*, no. 10; Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1124).

En este sentido, la Iglesia nos recuerda que: “Es derecho de los fieles de Cristo que la Liturgia, y en particular la celebración de la Santa Misa, sea verdaderamente como la Iglesia desea, de acuerdo a sus estipulaciones según prescritas en los libros litúrgicos y en otras leyes y normas...es derecho de la comunidad que la celebración de la Sagrada Eucaristía se lleve a cabo de tal modo que se destaque como un sacramento de unidad, excluyendo todas las imperfecciones y acciones que pudieran engendrar divisiones y facciones en la Iglesia”. (*Redemptionis Sacramentum*, no. 12).

Estos temas presentan una exhortación muy reflexiva y seria a todos los que tienen el privilegio de prepararse para las celebraciones litúrgicas. En las parroquias, en cooperación con y bajo la guía y dirección del párroco, vicario parroquial y administradores parroquiales, los comités litúrgicos son principalmente centros para catequesis y evangelización donde los miembros trabajan para asegurar que las celebraciones sacramentales, culminando con el Santo Sacrificio de la Misa, se celebren con solemnidad, devoción, reverencia y verdadero espíritu de unidad, que une la Iglesia local con la Iglesia Universal y enseña la fe de la Iglesia. “Cada celebración de la Eucaristía se lleva a cabo en unión no sólo con el Obispo propio, sino también con el Papa, con la orden



La Comunión de los Apóstoles por Joos van Wassenhove

episcopal, con todo el clero y con toda la gente. Toda celebración válida de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro y toda la Iglesia...” (*Ecclesia de Eucharistia*, no. 39).

La calidad de la música sagrada, elegida apropiadamente y teológicamente sana, que aprecia la rica herencia musical de la Iglesia a través de los siglos, un verdadero “tesoro de inestimable valor” (*Sacrosanctum Concilium – Concilio Sacrosanto*, no. 112), no restringido a un solo período; la decoración de la Iglesia que la identifica como un lugar santo, un lugar consagrado apartado como la Casa de Dios “digno, acogedor y bello, señales y símbolos de cosas sobrenaturales” (*Sacrosanctum Concilium*, no. 122); el tabernáculo, claramente visible y ubicado prominentemente donde Cristo reside entre Su pueblo; y la preparación cuidadosa de los diáconos, lectores, servidores en el altar y ministros extraordinarios de la Santa Comunión, todos ellos elementos muy importantes realzan la riqueza de las liturgias de la Iglesia e inspiran a los fieles. Sobre todo, nosotros los sacerdotes que actuamos *en persona Christi*, en la misma persona de Cristo, tenemos la obligación solemne de celebrar los sacramentos y la Eucaristía con la mayor reverencia y devoción, trayendo a la mente una y otra vez el privilegio y don extraordinario que nos ha sido dado por Cristo el Sumo Sacerdote Eterno y cuán verdaderamente indignos somos de tan gran privilegio.

De hecho, nuestra vida, nuestra esperanza, nuestra fortaleza se derivan de la celebración de la Santísima Eucaristía en unión con toda la Iglesia. Reconociendo esta realidad muy esencial de la fe, todos debemos trabajar juntos para fomentar continuamente y en todos los lugares la devoción a Cristo en el Santo Sacramento. ¡Somos llamados a ser evangelizadores en nuestros hogares, parroquias y comunidades, gentilmente invitando a otros a la Casa del Señor! Cada parroquia e institución católica debe encontrar su corazón, su *raison d'être* (*razón de ser*), en la Sagrada Eucaristía y, con Santo Tomás, repetir una y otra vez las palabras del Apóstol, “¡Mi Señor y mi Dios!” Porque “Si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su Sangre, no tendrán vida”. (Juan 6:53).





Catholic Courier foto en el archivo por Jeff Witherow

2017 Misa en la Semana de las Escuelas Católicas en la Catedral del sagrado Corazón.

## NUESTRAS RESPONSABILIDADES

Nuestra creencia en la Presencia Real de Cristo, cuerpo, sangre, alma y divinidad, Aquel a quien recibiremos en la Sagrada Comunión es, por lo tanto, lo que verdaderamente nos identifica como católicos, cristianos firmes creyentes en Cristo, uniéndonos a nuestros antecesores en la fe, que celebró la Eucaristía por primera vez a la sombra misma del ministerio terrenal de Cristo. Esta rica herencia de fe y la identificación Eucarística con Cristo imponen en nosotros ciertas demandas y responsabilidades. ¿Cuáles pues son estas responsabilidades confiadas a la comunidad católica en su adoración a Cristo en el Sagrado Sacramento?

Primero y ante todo, significa **asistir fielmente a la Santa Misa** cada fin de semana: Jesús personalmente desea y pide nuestra presencia no sólo dos, tres veces al mes, o en ocasiones especiales, pero cada fin de semana; no sólo cuando se imparten clases de educación religiosa durante el curso académico, sino durante todo el año. El *Catecismo de la Iglesia Católica* claramente nos instruye: “La Eucaristía dominical es la base y confirmación de toda práctica cristiana. Por esta razón los fieles están obligados a participar en la Eucaristía en los días de obligación, a menos que sean excusados por una razón seria (por ejemplo, enfermedad, el cuidado de infantes) o sean dispensados por su propio párroco. (Cf. *Código de la Ley Canónica*, canon 1245). Todos los que deliberadamente no cumplen con esta obligación cometen un pecado grave”. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 2181). ¿Por qué ignoraríamos la invitación personal de Jesús a unirnos con Él, a unir a nuestra misma persona con Su persona en la Sagrada Comunión? Si decimos “no” a Jesús, cuán fácil sería decir “no” a cualquier persona o institución y romper o deshonorar nuestro compromiso.

Todo lo que hacemos como católicos se deriva de nuestro apego a la Eucaristía y se dirige hacia ella. Que faltemos tan fácilmente a

Santa Misa refleja una falta de comprensión del sacrificio eucarístico establecido por Cristo mismo por su muerte sobre la Cruz. Sin embargo, no podemos criticar a aquellos que no han sido educados o instruidos acerca de la Eucaristía, o no se les ha dado el mejor ejemplo posible de fidelidad a la Eucaristía. Éste es el momento para que todos nosotros examinemos nuestras conciencias respecto a cómo hemos o no fomentado la devoción a la Eucaristía de acuerdo con nuestras vocaciones particulares en la vida. Como Obispo Diocesano, diariamente debo preguntar cómo he fallado en introducir a los hijos de Dios a la Santísima Eucaristía y pedir perdón al Señor por cualquier falta en el cumplimiento de esta seria responsabilidad. Nuestras propias vidas de fe son el mejor testimonio de a Quién amamos y en Quién debemos confiar.

Nuestras iglesias no son museos o meros testimonios al pasado, ni son instalaciones de propósitos múltiples para una amplia gama de actividades. Son las Casas del Señor donde se ofrece la Santa Misa, se celebran los sacramentos y donde Cristo reside en los tabernáculos. Si han de permanecer abiertas y vibrantes, el amor de Cristo presente en la Eucaristía debe ser manifestado por los creyentes que ocupan los bancos de estas iglesias y con sus oraciones elevadas al Señor se convierten en verdadera señal de esperanza, una señal de la presencia activa de Cristo entre Su pueblo. El éxito de cualquier parroquia depende del apoyo de sus miembros y su fidelidad y devoción a la Sagrada Eucaristía. ¡Todos sabemos que nadie es atraído al fracaso! Si bien se observan los verdaderos cambios demográficos en nuestro paisaje, sigue siendo bastante desalentador ver en lugares poblados iglesias medio vacías que una vez estaban llenas. Estos hechos deben molestarnos a todos y hacernos renovar nuestras parroquias a través de un apego genuino y profundo a la Sagrada Eucaristía demostrada por la asistencia semanal a

la Santa Misa. En su Carta Apostólica, *Dies Domini* (“El Día del Señor”), del 31 de mayo de 1998, San Juan Pablo II enseña:

“Al ser la Eucaristía el verdadero centro del domingo, se comprende por qué, desde los primeros siglos, los Pastores de la Iglesia no han dejado de recordar a sus fieles *la necesidad de participar en la asamblea litúrgica*. ‘Dejad todo en el día del Señor; urge un tratado del siglo III titulado *Didascalía de los Apóstoles*, y corred con diligencia a vuestras asambleas, porque es vuestra alabanza a Dios. Pues, ¿qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la palabra de vida y nutrirse con el alimento divino que es eterno?’” (*Dies Domini*, no. 46).

**Los pobres deben estar entre nosotros cuando buscamos ayudarles, ya que el alimento espiritual es también esencial para sus vidas.** En su Exhortación Apostólica, *Evangelii Gaudium* (*Alegría del Evangelio*), el Papa Francisco escribe: “Puesto que esta Exhortación se dirige a los miembros de la Iglesia católica quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria.” (*Alegría del Evangelio*, no. 200). Nuestros muchos y muy beneficiosos ministerios de extensión a los pobres deben incluir el acompañarles sobre los umbrales de nuestras iglesias. Íntimamente conectado con nuestra extensión caritativa, debemos recordar que “Cada celebración litúrgica, por ser una acción de Cristo el Sacerdote y Su cuerpo, que es la Iglesia, es una acción sagrada que sobrepasa a todas las demás. Ninguna otra acción de la iglesia puede igualar la eficacia por el mismo título o a la misma medida.” (*Sacrosanctum Concilium*, no. 7).

La creencia en la presencia Eucarística de Cristo significa también que **nos acercamos a la Sagrada Eucaristía apropiadamente dispuestos**, esto es, no estar conscientes de pecado grave que requiera que recibamos el Sacramento de Reconciliación, Confesión, antes de recibir la Sagrada Comunión. Un examen de conciencia antes de recibir dignamente el Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía es una obligación seria para todos los católicos. (Cf. *Catecismo*

*de la Iglesia Católica*, no. 1454).

En cuanto a esto, quiero referirme al documento de la Conferencia de los Obispos Católicos de los Estados Unidos del 14 de noviembre, 2006 titulado: “Dichosos los llamados a la cena del Señor: *Sobre la preparación para recibir dignamente a Cristo en la Eucaristía*”. Aquí leemos: “Manifestando la misericordia del Padre, Jesús instituyó el Sacramento de la Penitencia precisamente para permitirnos confesar nuestros pecados en arrepentimiento, recibir la absolución del sacerdote, y así una vez más recibir la gracia del Espíritu Santo, que una vez más nos hace miembros vivos del cuerpo de Cristo, la Iglesia.” (p. 8). Más adelante, la instrucción dice: “El pecado daña y debilita nuestra comunión no sólo con la Santísima Trinidad sino también entre nosotros. En consecuencia, a fin de superar el daño causado por el pecado, estamos llamados al arrepentimiento cotidiano y a la participación regular en el Sacramento de la Penitencia.” (p. 13).

Recordando que en el Bautismo de sus niños los padres son llamados a ser los primeros y mejores maestros de sus niños respecto a las maneras de la fe católica, este *Año de la Eucaristía* tiene por objetivo **alentar y apoyar a los padres en el cumplimiento de las responsabilidades** especiales confiadas a ellos. Por su buen ejemplo, los padres son los que primero traen a sus hijos a la Casa del Señor. Al presentar a nuestros niños a este hermoso encuentro con el Señor, los presentamos a la esencia misma de la vida humana, es decir, el instinto natural de cada persona de comunicarse con lo Divino. Nuestros niños deben entender que “que adoramos a Quién conocemos”, Jesús el Cristo, y que de hecho adoramos “en Espíritu y en Verdad”. (Cf. Juan 4:22-23). Un niño nunca es demasiado joven para ser llevado a la iglesia y nunca demasiado joven para que se le enseñe a amar a Nuestro Señor en el Santo Sacramento.

Durante este *Año de la Eucaristía*, en apoyo de nuestros padres y todos los que han sido confiados a nuestra atención pastoral, pido que a través de nuestros decanatos y en nuestras escuelas, instituciones, agencias y programas pastorales, la centralidad de la Sagrada Eucaristía se refleje en nuestras palabras y acciones, en nuestra catequesis y en nuestros programas de educación religiosa. Espero que haya mayor disponibilidad de oportunidades educativas y devocionales tanto para niños como para adultos para profundizar sus conocimientos sobre la Presencia Real de Jesús Cristo en la Eucaristía. Ambos, el *Catecismo de la Iglesia Católica* y nuestras *Políticas para la Administración de los Sacramentos* recientemente promulgadas por nuestra Diócesis

son recursos catequéticos muy útiles. En nuestra catequesis, necesitamos reflexionar sobre las maneras para preparar mejor a nuestros niños y familias para la Primera Santa Comunión, Primera Penitencia y Confirmación, y también a las parejas preparándose para el Santo Matrimonio. En todos nuestros esfuerzos para proclamar la presencia viva de Jesucristo entre nosotros en la Eucaristía, estoy solicitando a nuestras oficinas diocesanas que apoyen y ayuden a nuestras parroquias e instituciones en este empeño, que pertenece a toda nuestra familia diocesana. A la misma vez, muchas parroquias pueden aprovecharse de los recursos desarrollados a través de los años y los esfuerzos que han rendido resultados positivos.

En sus escritos, San Juan Pablo II alienta la **Adoración eucarística fuera de la Misa** y nos instruye. “Postrémonos largo rato ante Jesús presente en la Eucaristía...” (*Mane Nobiscum Domine – Quédate con nosotros Señor*, no. 18). Esto incluye visitar la iglesia siempre que sea posible, Adoración Eucarística y la celebración de la Bendición del Santísimo Sacramento. Los programas son buenos y necesarios, pero no hay un sustituto para nuestra adoración activa de Cristo presente en la Sagrada Eucaristía. Los sacerdotes, diáconos, administradores parroquiales y los líderes y facultades de nuestras escuelas católicas y programas de educación religiosa deben fomentar las devociones eucarísticas que son fuente de renovada fortaleza en la vida de la parroquia, escuela y programas educativos.



*Catholic Courier* foto de archivo  
Padre William Coffas ofrece la Bendición en la Hora Santa Eucarística en una parroquia.

Cuanto más la Santísima Eucaristía se convierte claramente en fuente y centro de nuestra vida diocesana, mayor es la posibilidad de incrementar las vocaciones al sacerdocio, al diaconado y a la vida religiosa, que a su vez se extiende al servicio de los laicos y asegura la base firme de nuestra Diócesis en el futuro a través de la proclamación de Jesucristo en Palabra y en Sacramento.





## CONCLUSIÓN

El 20 de febrero de este año 2017, nosotros conmemoramos el quincuagésimo aniversario del fallecimiento del Padre George J. Weinmann y la Hermana Lilian Marie McLaughlin, S.S.N.D., quienes perdieron sus vidas al tratar de salvar el Santísimo Sacramento del incendio que destruyó la Iglesia San Felipe Neri, Rochester, New York. Su creencia en la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía, demostrada al dar sus propias vidas, sigue siendo un ejemplo poderoso de Quién creemos que es la Santísima Eucaristía. Ahora somos llamados a renovar nuestra profesión de fe en el Cristo Eucarístico viviendo continuamente en los tabernáculos en nuestras iglesias.

En este momento especial en la vida de nuestra Diócesis, diariamente recordemos las palabras del San Juan Pablo II: "... recordad que Jesús en el Sagrario espera tenernos a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida". (*Mane Nobiscum Domine*, no. 30).

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor, les urjo a continuar profundizando su devoción personal a Nuestro Señor en la Eucaristía. Es en el conocer y amar al Jesús de la Eucaristía que encontrarán los medios para entender la vida, encontrar seguridad, para ser personas con raíces. Es Cristo el que nos sostiene y apoya en las muchas tribulaciones, luchas, retos, transiciones y sucesos de nuestra existencia humana. Nuestros antecesores en la fe nos han dado un ejemplo de fe que es eterna, una fe que une al cielo y la tierra, una fe donde el cielo y la tierra se unen en la Santísima Eucaristía.

Como escribí en la carta de promulgación de las *Políticas para la Administración de los Sacramentos* para la Diócesis de Rochester, lo difícil que sería tratar de "hacerlo solo" – dar sentido a esta vida "por nuestra propia cuenta". Pero el Cristo de la Eucaristía no nos ha dejado huérfanos; nos ha llamado por nuestro nombre. Nuestro Señor ha extendido la invitación: "¡Vengan a mí los que se sienten cargados y agobiados, y yo aliviaré sus almas!" (Mateo 11:28). Como una familia diocesana, respondamos a la invitación de Cristo y abramos nuestros corazones a Él presente en el don eterno, el don de vida, la Santísima Eucaristía, cuando oramos:

"Concédenos, Señor, te lo pedimos, que podamos deleitarnos por toda la eternidad en ese compartir de tu vida divina, que es representado en la época actual cuando recibimos tu precioso Cuerpo y Sangre. Que vive y reina por los siglos de los siglos". (Oración después de la Comunión, Solemnidad de Corpus Christi).

Unidos en la fe e invocando la intercesión de María, nuestra Madre, y de San Juan Fisher, Patrón de nuestra Diócesis, quedo

Devotamente suyo en Cristo,



+ *Salvatore R. Matano*

Reverendísimo Salvatore R. Matano  
Obispo de Rochester

*Catholic Courier* foto por Jeff Witherow  
El tabernáculo en la Catedral del Sagrado Corazón fue recuperado de la anterior Iglesia San Felipe Neri, Rochester, donde el Padre George J. Weinmann y la Hermana Escolar de Notre Dame Lilian Marie McLaughlin perecieron en un esfuerzo para rescatar el Santísimo Sacramento.

De la oficina del Obispo de la Diócesis de Rochester, en el día veinticinco de mayo, solemnidad de la Ascensión del Señor, en el año de Nuestro Señor, dos mil diecisiete.